

# «El obsceno paciente de la noche».<sup>1</sup> En el mundo del goce



VIVIÁN RIMANO<sup>2</sup>

*Me tiene completamente desconcertado su invitación a explorar  
un mundo que yo desconocía y donde voy a pasear mi sufrimiento.*

M. Foucault (1994)

Fue en una sesión del cuarto mes de análisis que vi entrar a Juan con un libro en sus manos; luego de recostarse en el diván pude ver que se trataba de la novela *El perfume. Historia de un asesino* (Süskind, 1985), en una versión original en alemán. Comenzó a leer en voz alta, traduciendo al español el texto de una página ya elegida:

Fue aquí, en el lugar más maloliente de todo el reino, donde nació el 17 de julio de 1738 Jean-Baptiste Grenouille. Era uno de los días más calurosos del año. El calor se abatía como plomo derretido sobre el cementerio y se extendía hacia las calles adyacentes como un vaho putrefacto que olía a una mezcla de melones podridos y cuerno quemado. Cuando se iniciaron los dolores de parto, la madre de Grenouille se encontraba en un puesto de pescado de la Rue aux Fers escamando albures que había destripado previamente. Los pescados, seguramente sacados del Sena aquella misma mañana,apestaban ya hasta el punto de superar el hedor de los cadáveres. Sin embargo, la madre de Grenouille no percibía el olor a pescado podrido o a cadáver porque su sentido del olfato estaba totalmente embotado y además le dolía todo el cuerpo y el dolor disminuía su sensibilidad a cualquier percepción sensorial externa.

1 Parfraseo el título de la novela de J. Donoso *El obsceno pájaro de la noche*.

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. vrimano@adinet.com.uy

Solo quería que los dolores cesaran, acabar lo más rápidamente posible con el repugnante parto. Era el quinto. Todos los había tenido en el puesto de pescado y las cinco criaturas habían nacido muertas o medio muertas, porque su carne sanguinolenta se distinguía apenas de las tripas de pescado que cubrían el suelo y no sobrevivían mucho rato entre ellas y por la noche todo era recogido con una pala y llevado en carreta al cementerio o al río. Lo mismo ocurriría hoy [...] Y cuando empezaron los dolores de parto, se acurrucó bajo el mostrador y parió allí, como hiciera ya cinco veces, y cortó con el cuchillo el cordón umbilical del recién nacido. [...]

Entonces de modo inesperado, la criatura que yace bajo la mesa empieza a **gritar**.<sup>3</sup> Todos se vuelven, descubren al recién nacido entre un enjambre de moscas, tripas y cabezas de pescado y lo levantan. (Süskind, 1985, pp. 10-12)

Al escucharlo sentí un escalofrío, pues **me parecía** que Juan hablaba a través del texto, quizás hablando de la «novela» de sus orígenes fantaseados (???). Pero no, me equivocaba al pensar que era él a través del texto el que desde algún lugar hablaba... aún era el texto **descolgado totalmente de su subjetividad** el que se hacía escuchar... era una vivencia **escindida** de sí mismo la que hablaba sola, él debía aprender a hablar sobre sí mismo, él aún era mudo para poder hacerlo... debía esperar hasta escuchar *su grito*...

¿Desde dónde fue que Juan eligió este texto que de una forma impactante y genial transmitía su vivencia de desamparo que requirió varios años de análisis poder rozar como parte de las marcas de su historia? En vano le pregunté qué tendría que ver con él... ante lo que me contestó impertérrito y desafiante: «Qué interesante, ¿Freud se adapta a mí o yo a él??? Es simplemente que quiero practicar mi alemán...».

¿O fue cuando me habló del pintor Schiele y su pintura *La madre muerta*, disertando una magnífica conferencia sobre ella, pero impidiendo que pudiéramos conectarlo con algo de sí mismo?

Esto me hacía preguntar cómo su capacidad sublimatoria se ponía al servicio de la **desmentida**, me deslumbraba con la exhibición de escritores, pin-

3 Todas las «negritas» son mías.

tores, artistas que hablaban de las marcas de su desamparo pero mantenían petrificado el contacto con la marca de lo vivido que permanecía escindida.

Capacidad sublimatoria que, junto a la transferencia amorosa que se fue instalando en el análisis, eran los restos de sus recursos simbólicos a los que tendríamos que amarrarnos.

Juan es el hijo mayor de su familia, es estudiante de Letras, tiene una hermana dos años menor que él, su madre es una profesional proveniente de una familia de clase media que siempre estuvo vinculada a actividades intelectuales. Las descripciones que hace de ella siempre tienen algo indefinido y ambiguo, la recuerda cariñosa pero también distante, nunca entendió qué podía estar sintiendo ella, a veces la asocia a las locutoras de un noticiero «... parece un rostro pintado en la pared... que solo se le mueve la boca...», una imagen plana, sin continente. Su padre es un comerciante exitoso de origen humilde y con escasa instrucción; en algunas oportunidades se refiere a él como el «groncho», aparece como una figura desvalorizada y agresiva.

En la familia del padre aconteció un hecho «trágico» del cual la familia evita hablar y Juan nunca se animó a preguntar. Un hermano del padre, unos años menor que este, supuestamente «provocó» (?) la muerte de su propia madre (abuela de Juan). El fantasma de este «hecho» marca uno de los puntos de horror de su historia.

A los pocos meses de nacido Juan, su madre decide terminar sus estudios universitarios, quedando él a cargo de una mujer mayor, al parecer con importantes trastornos de la personalidad, a la que siempre llamó «abuela Selva». Recuerda el impacto que le producían sus comportamientos bizarros, como cuando la veía pasearse desnuda por la casa... sus lesiones cutáneas (psoriasis) que lo impresionaban intensamente y que él siempre vinculó a «la lepra». Antes de hacerse cargo de Juan, cuidó varios años a una niña que era la hermana menor de un amor de juventud de la madre del paciente. Esta niña padecía una grave patología congénita, y finalmente fallece. En su mente se construyó una historia: solo esta mujer, capacitada en cuidar «seres deformes», podía hacerse cargo de él. Como recuerdo de su infancia aparece el relato reiterado de su madre que le decía, martillando sus oídos: «...de chiquito tuviste diarrea, solo tu abuela (por esta señora) fue capaz de aguantar tanto olor a mierda...».

A través de su discurso aparece como un niño problemático, sus recuerdos están teñidos por la angustia, por sus miedos, por su soledad. Trae sus dificultades en la relación con sus pares, la vergüenza y humillación cuando se referían a él como «marica», el sentirse apartado y diferente en un mundo que sintió lleno de misterios familiares sobre los cuales nunca se animó a preguntar. Siempre fue un excelente alumno, y tiene hasta ahora una particular pasión por el conocimiento, habla varios idiomas, lo aficianan los libros, la historia, literatura, filosofía.

Desde la edad escolar tuvo juegos sexuales con varones y desde los 15 años mantiene relaciones con múltiples hombres que encuentra en la calle o por intermedio de teléfonos o mensajes que encuentra escritos en las paredes de baños públicos, o búsquedas nocturnas en parques y en los cines porno. Estos encuentros se caracterizan por su anonimato, no hay nombres, ni historias, ni ningún dato que concierna a la subjetividad de los *partenaires*, nada de un vínculo afectivo. En alguna oportunidad él los califica como «sexo seguro» (¡vaya paradoja!). Todo parece organizado en un sistema con precisión de relojería, los riesgos de un posible vínculo en la relación buscada se minimizan todo lo posible. Un tiempo y un espacio determinados, nada de preámbulos o algo después del acto sexual, el desarrollo de un sistema de comunicación (miradas furtivas, forma de caminar, algún gesto, etc.) que reduce a cero la posibilidad de un vínculo de afecto.

Sus «paseos» por los cines y parques aparecen como la búsqueda de un escenario poblado de objetos parciales. En la oscuridad sórdida de esos lugares solo hay «penes», «leche», «culos», «manos», «lenguas», precipitándose en él un derrumbe de los diques psíquicos, el asco abolido frente a la alfombra de preservativos con materias fecales que lo rodean. Escenarios pesadillescos que me evocan un aquelarre.

El escrito de Freud (1920) *Más allá del principio de placer* nos permite comprender esto que se ha conocido como «las perversiones», algo que el neurótico sueña y no se atreve a actuar. Es el escenario del goce, un mundo imaginario que nos hizo posible pensar Lacan, como otro sesgo a darle a un dispositivo de sexualidad que ya había vislumbrado y escrito Freud en *Tres ensayos para una teoría sexual*. Es así como se inscribe con facilidad en la compulsión de repetición. Es el ámbito del **goc**e que nos describiera

Lacan, formulándolo como orden de la tensión, del forzamiento, del gasto, incluso de la hazaña (Lacan, 1972-1973, p. 32).

Lacan reformula y amplía lo que Freud había escrito en *Más allá del principio de placer* (1920), lo que queda fuera de la satisfacción atemperada, donde **el placer podría amarrar al goce**, aunque no totalmente. Allouch (2009, p. 212) sostiene que «el goce no se deja amarrar con facilidad».

Lacan sostiene que no hay mundo real. El mundo es imaginario. Nuestro mundo imaginario es del dominio anímico, si no se quiere hablar del alma. No hay un principio del placer y un principio del goce. Lacan extrae el goce del juego de palabras que le permite su lengua, o su lingüejería, con el *jouir* (gozar) y el *joüir* (*entendre*: comprender), con lo que nos advierte de cierto vislumbre de lo simbólico del goce difícil de atrapar.

«La carne se incorpora al lenguaje y así se hace cuerpo» (Braunstein, 1990, p. 73). El sujeto llegará a existir únicamente cuando ese Otro haga de esa carne un cuerpo al introducirlo en el mundo del lenguaje.

Pero ese Otro, que es interdictor del goce, también puede fallar en introducir al *infans* en el mundo simbólico, convirtiéndolo en objeto de su propio goce; el goce está caracterizado como lo que aplasta, extranjero, es decir, extraño. Extraño es que no le es propio, no es propio del sujeto. Es del Otro, pero en esta dimensión de lo extraño, eso que habita al *infans* y de lo cual no puede apropiarse.

El Otro que no habilita al *infans* como sujeto de deseo, dejándolo a expensas del goce del Otro que se encarna en el cuerpo. O lo que equivale a afirmar, el sujeto se entera de «su propio goce bajo la forma del goce del Otro». Esta forma invertida, en que el goce sentido en el cuerpo como propio es el goce del Otro, muestra la insondable encarnación o apropiación que el Otro ha hecho en el cuerpo del *infans* (Braunstein, 1990, p. 25).

El goce, pues, no está en el sistema del sujeto, no hay sujeto del goce sexual, donde hay sujeto no hay goce y viceversa. El hecho de que el goce no esté simbolizado en ninguna parte ni sea simbolizable lo hace un absoluto, goce del cuerpo, del cual **nada se sabe pero se siente** (Lacan, 1972-1973, p. 90).

Transcurrido ya un tiempo de análisis, descubrí que Juan siempre evitó las relaciones que implicaran penetración y que su búsqueda predominante era efectuar él la fellatio. Estas actuaciones casi siempre son

desencadenadas por alguna frustración en la que se siente humillado, su vivencia angustiada es relatada de esta forma:

... me viene la adrenalina... salgo sin pensar... voy desesperado como un drogadicto en abstinencia...

... La heladera vacía... mi madre, almuerzo solo... lo del parque que hablamos la última vez, solo chupé... ni siquiera me masturbé... él eyaculó... ¡ahí sale leche realmente!... me excita solo chupar... me siento solo... le pedí a él (el *partenaire* de turno) que me dijera: «¡Chupámela! ¡Quiero que me la chupes!!».

La ecuación simbólica (pene-pecho) es llevada lo máximo posible en su equiparación, no hay metáfora posible. Su vivencia de vacío, de estar «pirado» lo lanza en la búsqueda de un «pene-pecho» que lo calme, pero lo «tragado» es nuevamente una «leche mortífera» (sida, muerte). Parodia de la búsqueda del deseo del otro por él, fallidamente inscrito en Juan.

¿Qué va a buscar en «el borde de la muerte»? esa ausencia no simbolizada. Desde otra perspectiva Le Breton (2002, pp. 81-85) plantea que cuando la capacidad de simbolizar se desgarró el sujeto buscará «mirar la muerte de frente». «... le hace preguntas a la muerte, para saber si vivir todavía tiene un sentido. Solamente la muerte a la que se le pregunta simbólicamente como a un oráculo, puede hablar de la legitimidad de la existencia.»

Ahora bien, para Juan la palabra *muerte* encierra muchas otras..., los enigmas de su historia, los deseos filicidas parentales, el vivirse como una «cosa» desubjetivizada, la falta de reconocimiento como un otro, la muerte psíquica... mirar estas «muertes» de frente... y al mismo tiempo desafiarlas al sentir que aún sobrevive a ellas.

## EL GRITO

Esto ocurrió una vez, a los meses de iniciado el tratamiento. Al final de una sesión, él me entrega un papel donde había escrito una dirección y me dice que había concertado un encuentro con un grupo de «homofóbicos» cuya consigna era «sufrir por empalamiento hasta el borde de la muerte», y que

yo iba a ser la única persona (¡vaya privilegio!!!!) que iba a saber dónde él se encontraba. No atiné más que a romper el papel y le dije que si él iba el tratamiento estaba interrumpido. **Vi aparecer lágrimas en sus ojos...**

¿Cómo pensar este momento? Esta fue la primera vez que sentí *su grito*, como el del personaje de *El perfume*, pero era Juan el que gritaba esta vez para que yo lo escuchara... ¿Qué viene a buscar Juan aquí conmigo? Pensemos en el grito del *infans* como algo en su pura naturalidad prelingüística, como descarga motriz ante una necesidad.

Esta vez él «explícitamente» no me pedía nada... pero en el intersticio de sus palabras se oye «UN GRITO», la búsqueda de un «otro» (yo en la transferencia) que lo escuche, él no se largó impulsivamente al «acto». En ese momento no pude pensar que «debía» responderle, solo sentía su necesidad imperiosa de mi respuesta, a la imagen de «él muerto» en mi cabeza, le respondo con otro tipo de «muerte»... «se acaba el análisis», de la muerte imaginaria buscada en lo real al límite, el «NO» que introduce la posibilidad de la vida, el «yo te quiero vivo» experimentado en la transferencia.

Este grito es pues en esta ocasión inmediatamente interpretado por el Otro en términos de lenguaje y transformado en la demanda de un sujeto. **En esta transformación del grito en demanda la necesidad originaria que vehiculaba ese grito queda perdida, desviada en su pura naturalidad biológica al depender del poder de la lectura de un Otro.**

Está de más señalar que una parte de Juan estaba sin duda dispuesta a escuchar mi respuesta, su interrogación y su apelación a mí lo presagiaban. Pienso junto a Lacan (1962-1963, p. 32), cuando propone la diferencia entre el «pasaje al acto» y el *acting out*, es en este último donde aparece la apelación al «otro», una pregunta o un sentido en ciernes, condición imprescindible para que la transferencia sobreviva.

La palabra tendrá que tener la fuerza del acto, lo que no significa contra-actuar (peligro siempre posible cuando la contratransferencia nos mueve como en una tormenta), nuestro decir deberá forzar la entrada en el registro simbólico cuando sentimos que este está a punto de naufragar.

El eco de ese «grito», de alguien que aún está vivo, quedó retumbando en mis oídos, el grito que espera ser escuchado para convertirse en demanda y **deseo**.

Juan era un ser que no era nadie, nada... «sin olor», o, mejor dicho, con un «olor terrorífico», ominoso, que emana de identificaciones alienantes, «olor a mierda», «deforme», «asesino», etcétera, con lo cual construyó su identidad. Comparto con Leclair (1977) cuando dice que «su majestad el bebé» puede contener al «niño maravilloso» y/o al «**niño terrorífico**». Lo ominoso que habita en este último parasita en el psiquismo parental, y también es afín a ejercer su omnipotencia tiránica en el psiquismo del hijo.

Este fue el inicio de un largo trayecto de análisis en que la lucha con su escenario imaginario, «perverso»,<sup>4</sup> no le impidió a Juan comprender que el fondo superyoico de salir a gozar por los parques en la noche es una lidia defensiva en que se debate por ahora su libertad enajenada en el síntoma de sus rituales nocturnos. En esta suerte de abismo (o de misa negra), este buscado rincón sagrado, profano, de atractivo imperativo para Juan, y que le es necesario recorrer, porque su exceso lo defiende de vaya a saber qué desconocidos fines, que atemperarían su exceso. Aparece la angustia, que vertebra sus síntomas, que son demandas de análisis... permitiendo avizorar otros objetos y metas... ♦

4 No pienso aquí en una estructura perversa, sino en mecanismos defensivos en los que prima la desubjetivación del otro y de sí mismo.

## RESUMEN

A través de la historia traumática de un paciente intento pensar en un momento del análisis en el que él actúa las huellas del desamparo vivido, que él había mantenido escindidas de su subjetividad. Escisión de las marcas de no haberse sentido reconocido como un «otro» por sus figuras parentales y que se manifestaban a través de una sexualidad promiscua, desubjetivizada, compulsiva, en que ponía en riesgo su vida, vagabundeando en el mundo del «goce». En ella actuaba identificaciones alienantes arcaicas, provenientes de una historia familiar vivida como ominosa, que lo hacían sentirse «una mierda», «deforme», «despreciable», «asesino».

*Descriptor:* GOCE / DESAMPARO / MATERIAL CLÍNICO / TRANSFERENCIA / ACTUACIÓN / OTRO / DESUBJETIVACIÓN

## ABSTRACT

Based on the traumatic history of a patient, the paper is an attempt to reflect on a given moment of the analysis, where he enacts traces of the helplessness he experienced, which he had kept split off his subjectivity. Splitting of the marks left by not having felt he was recognized as an «other» by his parental figures and which found expression through a promiscuous, desubjectivized, compulsive sexuality, where he put his life at risk, wandering around in the world of the «jouissance». There, he acted archaic alienating identifications, stemming from a family history experienced as uncanny, which made him feel like «a piece of shit», «deformed», «despicable», «a murderer».

*Keywords:* JOUISSANCE / HELPLESSNESS / CLINICAL MATERIAL / TRANSFERENCE / ACTING / OTHER / DESUBJETIVIZATION

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J. (2009). *El sexo del amo: la sexualidad desde Lacan*. Buenos Aires: Cuenco del Plata.
- Braunstein, N. (1990). *Goce*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1959-1960). *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963). *Seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973). *Seminario 20. Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Leclair, S. (1977). *Matan a un niño. Ensayo sobre narcisismo primario y la pulsión de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Süskind, P. (1985). *El perfume. Historia de un asesino*. Buenos Aires: Sudamericana.